# ILUSIONES DE LA VIDA.

[illegible]

[illegible]

POR ANTONIO MALO DE [illegible].

[illegible]

[illegible]

[illegible]

# ILUSIONES DE LA VIDA,

## DRAMA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO,

POR



DON ANTONIO MALU DE BRIGNOLE.

Representado por primera vez con extraordinario aplauso en el teatro del Liceo de Barcelona en Diciembre de 1859.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.

A LA INTELIGENTE Y SIMPÁTICA ACTRIZ

# Doña Luisa Yañez.

No cumpliria con un deber sagrado de gratitud, si no ofreciese á usted una obra que de derecho le pertenece: usted animó para su estreno al amigo, al compañero, con palabras consoladoras: á usted debió la mejor parte del éxito feliz que alcanzó del público de Barcelona; justo es que ensalce algo su escaso mérito llevar unido á ella su nombre de usted que tantos lauros ha ganado sobre la escena: esto dará valor á lo que tan poco tiene en sí: no dudo que aceptará usted gustosa tan pobre ofrenda, que con placer le dedica su buen amigo, admirador y compañero agradecido

EL AUTOR.

Barcelona 3 de Diciembre de 1859.

# DOS PALABRAS DEL CORAZON.

Tengo un vivo placer en consignar que el éxito favorable y los aplausos que alcanzó esta obra la noche de su estreno en el gran teatro del Liceo de Barcelona, fueron debidos al inmejorable desempeño de todos los actores que tomaron parte en su ejecucion: todos se esmeraron con un celo digno de elogio, y todos poseidos de noble emulacion manifestaron deseos de hacer triunfar al autor, y de elevarle á una altura que él nunca pudo imaginar siquiera: pero especialmente debo nombrar con gratitud á la primera actriz Doña Luisa Yañez, que con tan decidido empeño tomó su papel, y que de él hizo una sublime creacion, y al Sr. Palau, que tan bien puso de relieve el generoso carácter del hijo que sacrifica por un padre sus mas caras afecciones.

Reciban todos, todos las gracias que con llanto del corazon les rinde agradecido su mejor amigo y compañero

ANTONIO MALÚ DE BRIGNOLE.

| PERSONAS. | ACTORES. |
| --- | --- |
| ISABEL. | DOÑA LUISA YAÑEZ. |
| LUCIA. | DOÑA ADELA GUERRERO. |
| D. LUIS. | D. ANTONIO MALÚ. |
| CÁRLOS. | D. JUAN MANUEL PALAU. |
| ESTEBAN. | D. JOAQUIN ESTRADA. |
| MR. ARMAND. | D. ROSENDO DALMAU. |
| MARIANO. | D. JOSÉ BENITO PARDIÑAS. |

La escena pasa en Madrid, en casa de D. Luis: os dos primeros actos en 1815, y el último en 1817.

# ACTO PRIMERO.

Una sala, elegantemente amueblada al gusto de la época, en casa de D. Luis: una puerta en el fondo y dos laterales. Sofá y sillones.

## ESCENA PRIMERA.

LUCIA.

Ahora si que la fortuna
á las manos se me viene,
y no me echará mas pullas
ese criado vejete...
El señorito don Cárlos
de Madrid partirá en breve,
y por su vuelta, á la Vírgen
rezaré constantemente,
pues ha ofrecido dotarme
apenas en casa entre.
Entonces con mi Manuel
iré á que el cura nos eche
las bendiciones, y soy
señora en vez de sirviente.

## ESCENA II.

LUCIA, MARIANO.

MAR. ¿Qué haces mano sobre mano?
¡Buon modo de servir ese!
¡Y miéntras la señorita
desesperada!
LUCIA. ¿Qué quiere?
MAR. Que la ayudes á vestirse,
que ya es hora me parece.
¿En qué diantre estás pensando
que descuidas tus deberes?
LUCIA. Ahóra mismo, don Mariano,
pensaba prudentemente
en que cuanto antes de aqui
el señorito se aleje,
mas pronto, sin duda alguna,
volver á su casa debe.
MAR. Si en verdad: lógica clara
que aplasta, si no convence.
LUCIA. Y como esto me interesa,
¿qué extraño que en ello piense?
MAR. Siempre á vueltas con noviajos,
con dijes y perendengues,
y descuidando por ellos
tus domésticos quehaceres.
¡Las once de la mañana
y aun arreglada no tienes
la casa! ¡Esto es vergonzoso!
¡Ya se vé, te lo consienten!
LUCIA. ¿Pero es malo que piense una
con afan, constantemente,
en la dicha de sus amos?
¡Prueba eso que se les quiere!
Que si don Cárlos se vá
es que á su vuelta pretende
ser feliz, siendo marido
de la que loco le vuelve;
mi señorita Isabel,
por quien suspira y se muere.

MAR. Es verdad. Mas há de un año
que concertándose vienen
esos planes de ventura,
sin contrarios pareceres,
entre mi amo y su hijo:
este la mano pretende
de doña Isabel, y dice
que para merecer ese
tesoro, ha de hacerse digno
de él de algun modo solemne,
porque su amor es muy bello
y que conquistarlo debe.
Por eso vá al extranjero
en busca de los laureles
que la pintura le brinda,
que es su favorita siempre.

LUCIA. ¡Vaya! y que pinta unos cuadros
que dá alegria de verles.

MAR. En la última exposicion
fué premiado: ¡los pinceles
le harán honor! Manifiesta
mucho talento, y le tiene
á la pintura aficion.

LUCIA. Como atravesar no puede
el comercio...

MAR. ¡En que su padre
se ha hecho un hombre honrado y célebre.

LUCIA. Y se ha hecho rico, que es mas.

MAR. Hasta ahora felices siempre
en esta casa se han visto:
pero hace mas de dos meses
que en don Luis un fondo veo
de tristeza muy perenne,
que me desagrada mucho;
y no es extraño recele
que los planes de ventura
que para el porvenir tejen
se descompongan, y en tierra
den un dia de repente.

LUCIA. Como viejo, siempre estais
viendo visiones, sandeces,
y mil desgracias soñando

que estan solo en vuestra mente.
¡Todo irá bien! marchará
el señor Cárlos en breve,
y dentro de poco tiempo
á casa volverá alegre:
se casará... y yo tambien,
que Dios el amor protege.

MAR. Por egoismo no mas
el bien de tus amos quieres.
Yo lo apetezco tambien,
mas con cariño vehemente;
¡de corazon! ¡y ojalá
que verlo pronto pudiese!

LUCIA. Y lo vereis; que don Cárlos
y doña Isabel merecen
ambos ser muy venturosos,
que no hay nadie que á ellos llegue.
¡Ella es un ángel del cielo!
y él dudo yo que se encuentre
otro mejor. Son los hombres
muy malos, mas lo que es este
es de otra pasta... ¡Tan dócil,
tan guapo y tan complaciente!

MAR. Si, ¡los hombres son perversos...
mas son peores las mujeres!...

LUCIA. ¡Oiga!...

MAR. ¡Bah! ¡Basta de charla,
que ya aburrido me tienes!
¡Anda y ayuda á tu ama,
antes de que se impaciente!

LUCIA. Es que...

MAR. ¡Anda pronto!

LUCIA. ¡Ya voy!
(¡Viejo gruñon!... ¡Mala peste!) (Váse.)

## ESCENA III.

MARIANO.

La tristeza que don Luis,
mi buen amo, impresa tiene
en su semblante, me inquieta

como si yo la sintiese...
¡porque le quiero de veras,
y padezco si él padece!
No quisiera que jamás
ninguna pena tuviese,
¡porque al par suyo tambien
la sufriria hondamente!

## ESCENA IV.

MARIANO, D. ESTEBAN.

EST. Muy buenos dias, Mariano.
¿Tú tan rozagante siempre?
¡Me alegro! Por tí los años
pasan muy ligeramente.
MAR. ¡Mil gracias! (¡Fátuo mas grande!)
EST. Estás hecho un mozalvete.
¡Cómo que te tengo envidia!
MAR. (¡Vaya un burlon insolente!)
EST. ¿Y don Cárlos, donde está,
Mariano?
MAR. En su gabinete.
(¡No lo puedo remediar,
me dá náuseas el tal ente!)
EST. Házme el obsequio, querido,
de pasarle prontamente
recado; tengo que hablarle
de asunto que no se puede
dilatar.
MAR. Voy en seguida.
(¡Será cosa muy urgente!)
(Vá á irse y sale D. Cárlos.)

## ESCENA V.

D. ESTEEAN, MRRIANO, D. CÁRLOS.

CAR. ¡Hola, Esteban! ¿Aquí tú?
(Dándole la mano.)
¿Qué tal?
EST. ¡Bien! (Id.) ¿Y tú te sientes

sin novedad?
CAR. ¡Á Dios gracias!
EST. Lo celebro.
CAR. Papá tiene
que hablarte, Mariano; vé
á su cuarto á ver qué quiere.
MAR. ¡Volando! (¡Qué don Esteban!
Diera un millon por no verle.) (Váse.)

## ESCENA VI.

D. ESTEBAN, D. CÁRLOS.

EST. ¿Supongo que de igual suerte
todos buenos en tu casa?
CAR. Si, gracias.
EST. Á mí me pasa
lo mismo. Siempre tan fuerte.
¡Y es claro! Con buen humor
constante, y buen apetito,
de nada mas necesito
para estar hecho un prior.
Con pareja tan querida,
desafio los tormentos...
¡porque son los elementos
principales de la vida!
Y aunque un cuarto no poseo,
¡pst! ¡por eso no me apuro!
Tenga yo el dia seguro,
que es todo lo que deseo.
Madrid es gran poblacion
para vivir y gozar
sin rentas con que contar,
habiendo imaginacion.
CAR. ¡Eres un mala cabeza!
Siéntala ya de una vez,
y á pensar con madurez
en lo venidero empieza.
EST. No temo el hado siniestro,
ni jámas me mortifico
en cavilaciones, chico,
¡porque el porvenir es nuestro!

Este siglo en que nací
tiene de gran magnitud
la brillante juventud
un ancho campo ante sí.
CAR. ¡Por Dios que no te comprendo!
Me indigna verte tan fútil,
sin ser á la patria útil
un arte noble ejerciendo.
EST. ¡Hombre, tienes unos prontos
que me llegan á admirar!...
Atarearse, estudiar...
¡es bueno para los tontos!
Mas los que tienen talento
en la sociedad del dia,
les mantiene la osadia,
que es el mejor documento.
Oye: mi padre, hombre honrado
de la probidad trasunto,
fué del monarca difunto
inamovible empleado.
Sin consentir un derroche
jámas, ni por incidencia,
dejóme por toda herencia
tan solo el dia y la noche;
pues su honradez proverbial,
entre un trabajo prolijo,
no permitió que á su hijo
le dejase un capital.
Yo he tenido que acudir
desde edad de catorce años
á mi ingenio y mis amaños
para ir pasando y vivir;
y con audacia y buen porte,
al fin y al cabo he logrado
estar bien relacionado
con lo mejor de la córte.
Y en bromas y cacerias,
hoy con unos y mañana
con otros, siempre en jarana
se van pasando los dias.
Asi satisfecho estoy
de mi suerte miserable,

¡y esta vida perdurable
cual puedo pasando voy!

CAR. ¡Mas sin servir para nada!

EST. ¡Eso es mucho ponderar!
Sirvo para amenizar
la reunion mas estirada:
pues tal he dado en el quid
de deleitar concurrencias,
que ya son mis ocurrencias
proverbiales en Madrid.

CAR. Si; ¡les sirves de bufon!
¿No te avergüenza ese nombre.
¡La mision que tiene el hombre
es mas sagrada mision!
Desde que á pensar empieza
debe con ansias constantes
servir á sus semejantes,
que es ley de naturaleza.
Debe ganar con sus manos
honradamente el sustento,
¡y no olvidar un momento
que todos somos hermanos!
Yo, aunque mi padre al morir
me dará lo suficiente
para que cómodamente
pueda tranquilo vivir,
serviré á la humanidad,
¡cultivando siempre activo,
un arte al par lucrativo
y útil á la sociedad!

EST. ¡Oh! tú eres con el pincel
sumamente aventajado,
y á la gloria entusiasmado
puedes aspirar con él.
Y celebraré en verdad
que mires un dia abiertas
del templo sacro las puertas
logrando inmortalidad.
Mas yo, que nada sé hacer,
en algo debo ocuparme,
y á algo debo dedicarme
para ganar que comer.

CAR. Nunca por un medio bajo
como un vago sin pudor:
¡lo que al hombre le dá honor
en el mundo, es el trabajo!
Él las virtudes publica;
él dá á cualquiera sujeto
posicion, alto respeto,
y todo lo santifica.
El que lab›riosamente
y con incansable afan
gana el cotidiano pan
con el sudor de su frente,
imita á su Criador,
¡que con poderoso aliento
desde su glorioso asiento
fué el primer trabajador!
¡Él, si, que dió resplandores
al caos negro y profundo,
¡y forma y verdor al mundo,
y vida á sus pobladores!

EST. ¡Cierto! Pero el trabajar
es cansado...

CAR. Soy tu amigo,
y por tu bien te lo digo:
¡hazte del hombre apreciar!
¿Qué será de tí al venir
la vejez con su rigor
cuando el tédio y el dolor
te impidan hacer reir?

EST. ¡Siempre el poético estro
me ayudará en la pobreza!
No me quiebro la cabeza,
porque... ¡el porvenir es nuestro!
No pienses nunca en mañana:
Deja que ruede la bola...
gózate en la batahola,
la crápula y la jarana!
Hoy me acaban de invitar
á una alegre caceria
para mañana, y venia
á hacerte en ella ingresar.

CAR. No me es posible.

EST. ¡Hombre, ven!
Mira que irá lo mejor
de la juventú y la flor
de la nobleza tambien.
CAR. No puedo, que mi partida
hoy me toca preparar.
EST. ¿Te vas?
CAR. Si, voy á marchar
con el alma enardecida.
Me voy á Italia á aprender
cuanto pueda en la pintura;
á ver si alcanzo la altura
que el genio llega á obtener!
Á ver las obras del arte
y á inspirar mi fantasia
con la sublime armonia
que la natura reparte;
y á volver por mi pincel
digno del mayor tesoro
que anhelo en mis sueños de oro;
¡la mano de mi Isabel!
EST. ¿Con que siguen tus amores?
CAR. Ahora con mayor vehemencia,
que son toda mi existencia...
¡los que calman mis dolores!
Sin la dulce posesion
de la cándida hermosura
á quien amo con locura,
se helara mi corazon.
EST. ¡Y lo merece en verdad,
que es linda, amable y graciosa!
Si á tu pasion amorosa
iguala en fidelidad,
dichosos podeis vivir.
CAR. Mil veces su labio amante
me ha jurado amor constante,
¡que ensancha mi porvenir!

## ESCENA VII.

D. ESTEBAN, D. CÁRLOS, ISABEL.

ISAB. (Reparando en D. Esteban.)
¿Cárlos?... ¡Ah! Dispensareis
si no habia reparado...
EST. ¡Siempre á esos pies humillado,
señorita, me teneis! (Saludando.)
CAR. ¿Qué es, Isabel?...
ISAB. Tu papá
me ha encargado de buscarte,
porque necesita hablarte
un momento.
CAR. Voy allá.
ISAB. No; me ha dicho que saldrá
aqui.
CAR. Entonces...
EST. Oh, Isabel!
Decidid á este cruel
para ir á una caceria
á que acabo de invitarle:
dignaos interceder...
ISAB. No es tan grande mi poder
que con él llegue á obligarle.
EST. Este tiempo deleitoso
de primavera florida,
del campo á gozar convida
el ambiente delicioso.
¡Ah! y olvidaba decir
que el jóven que conocimos
en el café, y defendimos
há un mes, tambien debe ir.
CAR. No importa: aun cuando es verdad
que con él simpaticé
desde el punto que le hallé
y me honró con su amistad.
Su porte fino y galante
cautivan.
ISAB. ¡Un lance!
CAR. Si.

ISAB. ¿Y nada me has dicho á mí?
CAR. Es cosa insignificante.
En un café cierto dia,
hará poco mas de un mes,
entróse un jóven francés,
modelo de gallardia.
Cuando oyendo en otra mesa
que unos jóvenes hablaban
con calor, y que insultaban
todos la nacion francesa,
que tanto mal ha causado
y causa aun á la España,
á la que fácil se engaña,
pero á quien nadie ha humillado,
se alza con indignacion
y colérico contesta:
los jóvenes por respuesta,
cada cual como un leon,
se arrojan todos á él...
EST. ¡Vaya! y si no es por nosotros,
en las manos de los otros
deja el mancebo la piel.
CAR. Púseme al punto á su lado:
atrevido rechacé
aquella turba, y logré
por fin el ser escuchado.
Les dije que nunca España
á un hombre indefenso hiere,
ni asi agravios vengar quiere
que debe á nacion extraña.
Motejé su cobardia,
y les dije con valor
que aquel patriótico ardor
solo emplear se debia
en derrotar invasores
y en el campo batallar,
¡para la patria salvar
de sus torpes opresores!...
EST. Nuestra elocuencia ahuyentó
á tanto hablador patriota,
y el francés, por tal derrota,
su amistad nos ofreció.

CAR. De entonces diariamente
le veo y me honro en tratarle,
que de un delito culparle
que no es suyo, no es prudente.
Los franceses oprimieron
á España con dolo odioso,
pero de su suelo hermoso
escarmentados salieron.
Y no es tampoco razon
á quien no lidió ofender;
¡y mas si llega á tener
noble y grande corazon!

ISAB. ¿Cuándo los hombres insanos
sus rencores dejarán
y las manos se darán
como amorosos hermanos?
¿Cuándo el odio furibundo
huirá de la madre tierra?...
¿Cuándo no será la guerra
horrendo azote del mundo?

CAR. ¡Angel eres celestial!

EST. La guerra es un elemento
que sirve á cada momento
de equilibrio universal.

CAR. Y la que esta nacion fiel
por su independencia hermosa
sostuvo, es laudable, honrosa,
¡digna de eterno laurel!

ISAB. Pero hace con profusion
correr sangre humana á mares:
¡lleva luto á los hogares
y á los pueblos destruccion!

CAR. Si es torpemente engañada
de una nacion la lealtad,
la guerra es su libertad...
¡su causa es justa y sagrada!

EST. (Dando la mano á Cárlos.)
Vamos, os dejo á los dos;
me esperan para almorzar.
Á tu órden siempre, mandar.
Señorita... (Saludando á Isabel.)

ISAB. ¡Adios!

CAR. ¡Adios! (Váse Esteban.)

## ESCENA VIII.

D. CÁRLOS, ISABEL.

ISAB. Es muy frívolo ese hombre
y me disgusta su trato.
CAR. Nada, mi Isabel, te asombre:
parásito mentecato
es, sin fortuna y sin nombre,
cual mil cuya ocupacion
es con lo ajeno vivir:
mas tiene un buen corazon
é incapaz, en mi sentir,
de ninguna mala accion.
ISAB. ¡Ah Cárlos! Yo sentiria
que este jóven, ú otro alguno
libertinos de hoy en dia,
tu alma pura cual la mia
pervirtiesen de consuno.
CAR. ¿Tanto me amas, Isabel?
ISAB. Con amor ciego y profundo,
siempre cariñoso y fiel.
¡Te amo, Cárlos, mas que al mundo
y que á cuanto existe en él!
¿Cómo dejar de sentir
por tí tan honda pasion,
si ella endulza mi existir,
si te adora el corazon
desde que empezó á latir?
Huérfana yo desvalida
desde mi mas tierna edad,
tu padre me dió acogida,
y le debo á su bondad
la educacion y la vida.
¿Cómo pudiera probar
mi agradecimiento eterno
sino amando sin cesar
al que es de su padre tierno
la religion y el altar?
CAR. No ensalces el proceder

que usó mi padre contigo
los tuyos muertos al ver,
que de un verdadero amigo
cumplió no mas el deber.
Sola una niña graciosa
en el mundo se quedó:
si con mano generosa
la dió acogida amorosa,
como buen cristiano obró.
Dicha trajiste á esta casa,
viniendo, Isabel, aqui;
á la gratitud pon tasa,
que amor exijo de tí...
¡amor como el que me abrasa!

ISAB. Ni en el alma ni en la mente
cabe mas intensidad:
que ser tuya eternamente
¡es mi anhelo mas ardiente,
mi mayor felicidad!

CAR. ¡Tambien á ser tuyo aspiro,
y por siempre confundir
con el mio tu suspiro!
¡y asi ornado el porvenir
de inmensa ventura miro!
Siempre de este amor viviendo
y su delicia gozando,
irá el tiempo trascurriendo,
¡mil flores sobre él vertiendo
el Dios que le está aprobando!
Siempre amorosos y unidos,
lejos del fiero dolor,
por puras auras mecidos,
en los vástagos de amor
seremos reproducidos.
Ellos nuestra dicha harán
deliciosa en su niñez;
goces tiernos nos darán,
¡y nuestro apoyo serán
en la aterida vejez!

ISAB. ¡Ah, Cárlos! ¡Yo me extasio
con porvenir tan dichoso,
que obtener en breve ansio!

¡De antemano el pecho mio
goza en cuadro tan hermoso!
Con tinte tan halagüeño,
con tan bella idealidad
pintas tu cuadro risueño,
que anhelo ver ese sueño
convertido en realidad.
Obra maestra, encantadora
cual tuya, embriagar la vista
esa escena bienhechora,
¡que solo crea un artista
imágen tan seductora!

CAR. ¡Son hijas del corazon
estas gratas invenciones!
Cuando este atesora el don
de la dicha, gratas son
todas sus emanaciones.

ISAB. Te oigo de entusiasmo henchida,
y dejara de existir
de mil goces circuida!

CAR. ¡Oh! ¡no pienses en morir
cuando es tan bella la vida!

## ESCENA IX.

D. CÁRLOS, DOÑA ISABEL, D. LUIS.

LUIS. (Mirándolos desde el foro.)
(¡Juntos estan... y gozosos!
¡Infelices criaturas!
¿Quién imaginar pudiera
que dicha como la suya
á destruir vá este dia
la cruenta desventura?)
¿Isabel?... (Adelantándose.)

ISAB. ¡Ah! padre mio...

CAR. ¡Señor!...

LUIS. (Á Isabel.) ¡Tu memoria es mucha!
¿No dijiste á Cárlos?...

ISAB. Si.

CAR. ¡Perdonad! mia es la culpa:
yo vuestro aviso olvidé.

Luis. Ni extraño es, ni admite duda.
Todo un amante lo olvida
pintando su pasion pura;
porque de su ídolo al lado
risueñas ideas cruzan
su embriagado pensamiento,
que felicidad auguran...
¡y siento tener en ellas
que derramar la amargura!

Isab. ¡Ah! ¿qué teneis? ¡Vuestra faz
sombria está y taciturna!

Car. Es cierto, padre; ya há dias
noto en vuestra frente mustia
la huella del sufrimiento
que la oscurece y la anubla.
¿Sufris de alguna desgracia
la triste y penosa angustia?

Luis. Se halla en el mundo el mortal
sujeto á crueles torturas;
y está sembrada su vida
de mil espinas agudas
que sus pies débiles hieren
en el sendero que cruza.

Isab. Tambien hay flores hermosas
que de puro aroma inundan
el verjel que por morada
nos dió el que habita en la altura.

Luis. ¡Tras de cada flor, un áspid
con su veneno se oculta!
¡Toda rosa tiene espinas
que hacen heridas profundas!

Car. ¡Ese sombrio lenguaje
me aterra! Alejad mis dudas.

Isab. Si, sacadnos de una vez
de incertidumbre tan dura.

Luis. Pues bien, oid, hijos mios,
la desgracia que me abruma.
Hace mucho tiempo ya
que adversa suerte sañuda
me persigue en mis negocios,
sin darme tregua ninguna,
¡dejando al fin agotadas

mis fuerzas en fiera lucha!
Un cálculo desgraciado
en que perdí gruesas sumas,
me hizo temer há dos meses
por mi honra, siempre pura:
pero aun conservaba fondos
para vencer la fortuna,
en una casa extranjera,
y á ella pedí pronta ayuda;
mas suspendidos sus pagos,
me arrastró con loca furia
en su ruinosa caida,
aumentando mis angustias.
Cuando me creí perdido
y sin esperanza alguna,
mi honrado cajero llega,
y ante mi vista ya turbia,
pone mis letras pagadas
y mi honra limpia segura.

ISAB. ¡Dios sea bendito! ¿Estais salvo?

CAR. Si Dios con su mano justa
os salvó entonces, fiad
siempre en su clemencia suma.

LUIS. De mi cajero el amor
en el dolor me sepulta,
¡y por salvarme me ha hundido
mas en la sima profunda!
¡Mi ruina es inevitable
antes que el dia concluya!

CAR. Explicaos.

ISAB. ¡Me estremezco!

LUIS. La revolucion sañuda,
veintidos años hará
diezmó con horrenda furia
los que habitan en la tierra
que el Sena riega y fecunda.
Huyendo vino un francés
las desastrosas resultas
que allí los nobles sufrian,
y aqui se ampara y se escuda.
Vivió feliz y tranquilo
con una existencia oscura,

hasta que del dos de Mayo
clamó la venganza justa,
y se alzó la noble España
contra el francés iracunda.
Vióse aquel noble obligado
á emprender rápida fuga;
y á mi nombre y honradez
fió una crecida suma
que solo á su hijo debia
entregar, si por fortuna
libre á reclamar su herencia
viniese un dia en mi busca.
Siempre miré tal depósito
como sacrosanta urna
donde el misterio se encierra
de una religion augusta:
mi cajero, por librarme
de una pérdida segura,
tomó tan santo tesoro
sin darme noticia alguna,
¡ni ver que iba unida á él
la llama de mi honor fúlgida!

ISAB. ¿No podeis sustituirla?

LUIS. Nada resta á mi amargura:
¡el baldon únicamente
cuando á reclamarme acudan!

CAR. Tal vez aun en mucho tiempo
nadie os reclame esa suma:
hasta entonces trabajando,
con vos seré en vuestra ayuda,
restableceremos juntos
el hogar que se derrumba,
¡y esa cantidad doblada
vereis que mi esfuerzo junta!

LUIS. Ni aun esa leve esperanza
puedo contar por segura.
Há ocho dias recibí
una carta, en que se anuncia
el heredero, diciendo
su herencia le restituya...
¡que á un millon asciende, Cárlos!

CAR. ¡Gran Dios!

Luis. Á aclarar mis dudas
vino el jóven á otro dia:
con esquisita finura
me entregó los documentos
que acreditan ser la única
persona á quien el depósito
pertenece, sin disputa:
pedí un plazo que otorgó
apenas oyó mi súplica;
¡hoy espira!... y ni aun vendiendo
lo poco que de fortuna
me resta, de la miseria
hundiéndome en las angustias,
¡podré soportar un punto
la situacion que me abruma!

Car. Y bien, padre; aqui del alma
se prueba la esencia pura!
No receleis que vacile...
la pobreza no me asusta;
y aun puedo con mis pinceles
sustentaros con holgura.

Isab. Con la labor de mis manos
yo te prestaré mi ayuda
para sostener un padre
¡que de amor mi pecho inunda!

Luis. Al oir vuestros acentos
el llanto mis ojos nubla...
no son las contrariedades
tampoco las que me apuran,
¡sino el deshonor, que fiero
verterá en mí su cicuta!
(Á Cárlos.) ¡Es que no podré dejarte,
cuando descienda á la tumba,
el nombre puro y sin mancha
que guardé desde la cuna!

Car. ¡La desgracia no es deshonra!
¡Levantad la frente mustia!
Soy jóven, puedo salvaros
y es fuerza mi deber cumpla.
Un íntimo amigo mio
marcha á Cádiz con premura,
para cruzar hasta América

del mar la salada espuma.
Partiré en su compañia
sin vacilacion ninguna.
En vez de ese viaje inútil
en que iba de gloria en busca,
lo emprenderé al Nuevo Mundo
y en él hallaré fortuna...
¡el corazon no me engaña,
y el corazon me lo augura!
Volveré rico y ufano,
vencida del mal la furia,
¡trayendo á padre y esposa
tranquilidad y ventura!

LUIS. ¡Ilusiones de alma jóven
que los sentidos ofuscan!

ISAB. ¡Noble es, Cárlos, tu proyecto
y tu victoria segura!
¿Qué no logra por un padre
el hijo que con fé lucha?

LUIS. Asi huir vereis la dicha
que ya contabais segura...
¡y yo seré solamente
el que vuestro bien destruya!

CAR. ¡Por vos, padre, de mi sangre
vertiera la gota última!

ISAB. Tambien brota de mi pecho
gratitud sublime y pura,
¡y por vos no hay infortunio,
que placentera no sufra

LUIS. (Ahogado por el llanto.)
¡Dios para siempre os bendiga,
celestiales criaturas!

## ESCENA X.

D. CÁRLOS, DOÑA ISABEL, D. LUIS, D. ESTEBAN.

EST. Aqui me teneis de vuelta:
señor don Luis, á la órden.
He venido en compañia
hasta aqui de un bello jóven,
que dice tiene que hablaros,

si á este fin nada se opone.

LUIS. (Bajo á Cárlos.)
¡La hora llegó!

CAR. (Bajo á D. Luis.) Un corto plazo
pedid no mas á ese hombre.
Voy á buscar á mi amigo
para abandonar la córte
mañana, y volveré en breve
á fin de quedar conforme
con el que viene á pedir
lo que en tal apuro os pone. (Vá á irse.)

EST. ¿Adónde vas?

CAR. Ven conmigo,
si nada hay que te lo estorbe.

EST. Te seguiré donde quieras
al punto con mil amores;
no tengo nada que hacer
y el movimiento ee mi norte.

CAR. (Bajo á D. Luis.)
Adios, padre... ¡confianza,
que Dios al honrado acorre!
Saldré por mi gabinete
sin que ninguno lo note. (Yéndose.)

EST. (Al salir.)
¿Qué tienes? ¡Te veo triste!

CAR. ¿Yo? no tal.

EST. Si, eres un torpe.
¡Cuando el porvenir es nuestro
ábrase el pecho á los goces!

CAR. Ven, pues. (Váse.)

EST. (Saludando.) Isabel... Don Luis.
(¡Todos tristes... qué demontre!) (Váse.)

## ESCENA XI.

D. LUIS, ISABEL.

LUIS. Siento, Isabel, que las lágrimas
empañen tus bellos soles;
¡que por mí brotan ardientes
matando tus ilusiones!

ISAB. Las vierten los ojos mios

al verme impotente y pobre,
sin que devolveros pueda
de la fortuna los dones.

LUIS. ¡Solo puede darme ayuda
el Dios que sustenta el orbe!
¡Hola! (Llamando.)

## ESCENA XII.

D. LUIS, ISABEL, MARIANO.

MAR. ¿Señor? (Saliendo.)
LUIS. Al momento
puede pasar ese jóven. (Váse Mariano.)
ISAB. Me retiro! (Yéndose.)
LUIS. No, Isabel,
no quiero que me abandones.
Tu valor me prestarás
cuando mis fuerzas se agoten.
ISAB. ¡Resignacion!
LUIS. Ya la tengo.
¡Para todo estoy conforme!

## ESCENA XIII.

D. LUIS, ISABEL, MR. ARMAND.

ARM. (Saludando á D. Luis.)
¡Caballero!
LUIS. ¡Servidor! (Id. á Mr. Armand.)
ARM. (Inclinándose ante Isabel y mirándola fijamente.)
¡Señorita, á vuestros pies!
(¡Qué hermosa! Esta jóven es
ángel puro de candor!)
LUIS. (Señalando un sillon.)
Dignaos tomar asiento.
ARM. (Sentándose.)
Exacto soy á la cita.
LUIS. (Se sienta, y tambien Isabel.)
Esperaba esta visita.
ARM. Solo os cansaré un momento.
De vos vengo á reclamar

lo que ya sabeis, don Luis,
porque debo á mi pais
prontamente regresar.
No puedo ni un solo dia
mi partida detener,
sin exponerme á perder
mi rango y categoria.

ISAB. (¡Dios eterno!)

LUIS. Os voy á abrir
mi angustiado corazon,
y mi triste posicion,
caballero, á descubrir.
¡Una cadena fatal
de desgracias me ha abrumado!
El depósito fiado
á mi honradez proverbial,
sin darme conocimiento
fué con lo mio invertido...
¡en el dolor me ha sumido
tan rudo acontecimiento!
Sé que derecho teneis
de mi honra para dudar;
mas me atrevo á suplicar
que algun plazo me otorgueis.
En él, aunque corto sea,
en cualquiera sacrificio
Dios me ayudará propicio
para que pagado os vea.

ARM. ¡Os confieso francamente
que me habeis hecho admirar!
Ved que no puedo esperar,
porque es mi partida urgente.

ISAB. Caballero, uno mi ruego
al de mi buen padre anciano:
¡tendedle una amiga mano
que le vuelva algun sosiego!
¡Mirad que está del dolor
su corazon carcomido!...
Concededle lo que os pido,
y no dudeis de su honor!

LUIS. ¡Hija mia!

ARM. ¿Qu é mortal,

al veros tan hechicera,
á la mágia resistiera
de vuestra voz celestial!

LUIS. Yo la herencia os pagaré:
tan solo tiempo deseo...
vendiendo cuanto poseo
mis bienes realizaré.

ARM. Me afecta tal situacion,
y á todo renunciaria
á ser mejor en el dia
mi apurada posicion.

LUIS. Tanto no espereis que admita:
¡un plazo es toda mi gloria!

ISAB. ¡Dádselo, por la memoria
de vuestra madre bendita!

ARM. (¡Qué encanto tiene su acento
que á mis ojos baja el llanto?)
Creo que en apuro tanto
puedo daros el contento.

ISAB. ¿Cómo?

LUIS. ¡Hablad!

ARM. Se halle tal vez
un medio que pueda unir
á mi feliz porvenir
la dicha en vuestra vejez.

LUIS. ¿Y ese medio?...

## ESCENA XIV.

D. LUIS, ISABEL, MR. ARMAND, D. CÁRLOS.

CAR. (Saludando á Armand.) Perdonad.
(Reconociéndole y bajando.)
¡Qué veo!... ¿En mi casa vos,
Armand?

ARM. ¡Es dicha, por Dios!
¡Mi mano, amigo, estrechad!
(Se dan las manos.)
¡Mi gratitud no ha olvidado
aquel inmenso favor!

CAR. ¿Sois acaso el acreedor
de mi padre desgraciado?

Luis. El mismo es, hijo querido.
Isab. ¡Un corazon generoso!
Arm. ¡Vuestro labio candoroso
entusiasmo en mí ha encendido!
(Á D. Carlos.)
¿Es vuestro padre este anciano?
Car. Si.
Arm. Pues siendo de ese modo
arreglado está ya todo:
¡os miro como un hermano
mas bien que como un amigo!
Mañana aqui volveré
y confio en que traeré
la dicha tambien conmigo.
Car. ¡Oh! gracias!
Arm. No las merece
quien por su deber guiado,
¡al amparar al honrado
la voz de Dios obedece!
Isab. ¡Ah, señor, mi admiracion
os tributo!
Arm. (Saluda á todos.) ¡Adios, señora!
(¡Esta jóven seductora
me ha robado el corazon!) (Váse conmovido.)

## ESCENA XV.

D. LUIS, ISABEL, D. CÁRLOS.

Car. ¡Padre mio, respirad!
Todo cuanto apeteceis
de ese jóven lograreis!
en su promesa fiad.
Luis. ¡Mi salvacion de tí espero!
Car. Todo lo tengo arreglado
para el viaje proyectado
y mañana partir quiero.
La bendicion santa y pura
dadme, señor, al marchar,
para que pueda tornar
mensajero de ventura.
Isab. Parte, Cárlos; en tu ausencia

sus lágrimas secaré
y amorosa alargaré
con la mia su existencia!

LUIS. ¿Cómo puedo, desgraciado,
tal abnegacion pagar!
¿qué don os puede otorgar
un corazon angustiado?

ISAB. Siente un inmenso placer
el que hace bien en el mundo...
¡mas le goza aun mas profundo
quien dá culto á su deber!

CAR. Bendice la religion
al que al prójimo socorre;
¡al hijo que á un padre acorre
Dios le dá su bendicion!

LUIS. (Abrazándolos con efusion.)
Hijos, que asi dais consuelo
á mi terrible pesar,
bendigaos conmigo al par
el Señor de tierra y cielo!

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**

# ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

## ESCENA PRIMERA.

MARIANO.

¡Qué cambiada desde ayer
se encuentra la casa toda!
Los señoritos y el amo,
todos suspiran y lloran;
y yo sin poder saber
la causa de tal congoja.
Los pocos dias que restan
de mi existencia achacosa
diera gozoso por ellos,
por su calma bienhechora;
¡que son buenos é indulgentes,
dignos de suerte dichosa!

## ESCENA II.

MARIANO, D. CÁRLOS.

CAR. Mariano, ¿has hecho mi encargo?
¿Está mi maleta pronta?
MAR. Si, señor: ya está arreglada:

pero, por misericordia,
don Cárlos, ¿quereis decirme
qué desventura os agobia?
¡Ved que no puedo vivir
con esta mortal zozobra!

CAR. No es nada: aleja el cuidado
importuno que te acosa.

MAR. Cuarenta años hace ya,
con fidelidad notoria,
á vuestra familia sirvo,
que siempre fué venturosa:
á los quince años entré
de vuestra casa á la sombra,
y desde entonces mi afecto
mas cada dia redobla.
Quiero al señor como hermano,
por su bondad cariñosa,
¡y á vos y á la señorita
como á hijos el alma adora!
Vuestro viaje no emprendeis,
cual creí, con faz gozosa,
y partir con todos quiero
esas penas que os devoran.

CAR. ¡Gracias por ese cariño
que tu lealtad atesora!
Pero destierra el afan,
pues la tristeza que notas
son los dolores que Dios,
con su mano poderosa,
á sus criaturas débiles
para probarlas arroja.
Pero en mis fuerzas confio
y en la fé que de aqui brota,
(Señalando al corazon.)
que he de volver pronto á todos
la calma consoladora;
¡que es del trono del Señor
emanacion prodigiosa!

MAR. ¡Ojalá podais lograr
vuelvan las felices horas;
que de sufrir no son dignas
tres almas tan virtuosas!

CAR. Dios al bueno como al malo,
con igualdad previsora,
las amarguras reparte
en esta vida azarosa,
¡pero solo el justo es digno
de sufrir con calma heróica!

## ESCENA III.

MARIANO, D. CÁRLOS, D. ESTEBAN.

EST. Cárlos, ya estoy á tus órdenes:
como las auras ligero,
al recibir tu recado
eché á Correr al momento.
Sé para lo que me llamas,
y no quise perder tiempo.
CAR. ¡Cómo!... ¿por dónde has sabido?...
ESTB. ¿Pues en mí te extraña eso?
Yo sé todo lo que pasa:
en la córte no hay secreto
por reservado que sea,
que yo no logre saberlo.
De la posicion que gózo
es el mejor privilegio:
soy la segunda Gaceta
en este ilustrado pueblo.
MAR. ¡Y qué bonito papel
al presente estais haciendo!
EST. ¡Bien! ¿y qué importa el presente
cuando el porvenir es nuestro?
MAR. (Con ironia.) Excelente porvenir
es el que estais adquiriendo,
y el que á la patria dareis
con vuestro claro talento!
EST. ¡Está visto! nada entienden
y todo admira á los viejos.
MAR. (Incomodado.) ¡Caballerito!
CAR. ¡Ya basta!
Deja esos debates necios
en tal situacion.
MAR. (Me voy...

porque si aqui permanezco,
diré al señor don Esteban
las verdades del barquero!) (Váse.)

## ESCENA IV.

D. CÁRLOS, D. ESTEBAN.

Est La rabia de ese buen hombre
me causa risa y desprecio:
ignora á lo que en el mundo
está llamado mi genio.
Car. ¡Ah! ¿Cómo tan locamente
fias en lo venidero?
Yo, que motivos tenia
para esperarlo risueño,
lo miro á mis ojos hoy
desvanecido, deshecho.
¿Qué puedes tú prometerte,
si en nada ocuparte veo?...
¿Si no haces nada tampoco
con afan, con noble empeño
para conquistar un nombre
glorioso, imperecedero,
y que te eleve algun dia
de la fortuna hasta el templo?
Est. ¡Ahi verás!... Y sin embargo
confio que he de obtenerlo.
Si hoy tú te ves apurado,
y yo en caso tan extremo
que tal vez ayunaria,
si el generoso extranjero
nuestro amigo, no me diera
el necesario alimento,
nada importa; nuestra senda
prosigamos con denuedo,
alta la frente, y la planta
con seguro movimiento,
que si es fatal el presente...
¡el porvenir es ya nuestro!
Car. ¡No delires, insensato!
Dios solo ayuda el esfuerzo

del honrado y laborioso
que halla en el trabajo premio.

EST. ¡Pues me parece que yo
entrambas cosas poseo!
Yo no hago mal á ninguno...
tampoco bien, eso es cierto;
pero ahí está la igualdad
extricta que justo observo.
Tocante á lo laborioso,
yo no descanso un momento,
ya visitando á un amigo,
ya acompañando á paseo
á una niña de ojos garzos,
de talle sutil y esbelto;
ya yendo á compras despues
con la mamá de bracero;
galanteando á una jóven,
viendo á un judio estafermo,
ó cazando por los sotos
con alegres compañeros;
lo cierto es que nunca paro,
que siempre me hallo corriendo,
y no tengo en todo el dia
desocupado un momento.
¡Si esto no es ser laborioso,
á ver, baje Dios á verlo!

CAR. Deja las frivolidades,
que oir tranquilo no puedo,
y di quién te ha revelado
lo que yo de tí pretendo.

EST. Verás: como en este dia
mi calendario funesto
marcaba terrible ayuno,
y es delicado mi cuerpo
para sufrirlo, aunque el Papa
nos lo imponga de precepto,
me acordé del buen francés;
me fuí á verle corriendo
y logré lo que anhelaba,
pues me ha dado un buen almuerzo
y voy á comer con él
muy alegre y satisfecho.

Pidió informes de tu padre
y yo se los di soberbios,
diciéndole que es el hombre
mejor que cobija el cielo.
Me confió que contra él
tenia un crecido crédito,
y otras muchas cosas mas,
como amigo verdadero;
y que tú ibas á partir
de Madrid bastante lejos.
Y al oir esto y saber
tu recado, en el momento
dije: «Ya sé lo que quiere;
que los dos juntos viajemos.»
¿Qué tal? ¿Acerté, Carlitos?

CAR. No tal, no es ese mi objeto.
Quiero que á monsieur Armand
hoy los dos juntos hablemos:
quedar conforme con él
antes de partir pretendo,
y el alma llevar tranquila
cuando de Madrid me ausento.

EST. Si ya no será preciso
que abandones es'e suelo.
Armand hoy me ha confiado
un importante secreto,
con el cual todo se arregla.

CAR. No admito ningun arreglo.
¡Limosna jamás recibo,
y si es de un amigo, menos!

EST. Pero si no es eso.

CAR. ¿No?
¿Concede el plazo que quiero?

EST. No; el plazo le es imposible,
segun dice, concederlo;
pero con su plan, no hay duda,
todo zanjado lo veo:
¡porque es un sublime plan,
chico, y yo mucho me alegro,
porque os miraré por fin
felices y placenteros!

CAR. ¿Y qué plan es ese?

EST. Amigo,
sobre él guardaré silencio.
Vé á verle y te lo dirá,
que yo quitarle yo quiero
la gloria de demostrar
de su corazon lo bello.
CAR. Sígueme. (Yéndose.)

## ESCENA V.

D. CÁRLOS, D. ESTEBAN, D. LUIS.

LUIS. ¿Dónde vas, Cárlos,
tan apresurado?
CAR. Vuelo
á ver á monsieur Armand,
porque concebir me ha hecho
una esperanza, y saber
si se realiza deseo.
LUIS. ¡Ojalá á tal situacion
halles un pronto remedio!
EST. Don Luis, eso es indudable,
que yo me he mezclado en ello,
y no puede salir mal
estando yo de por medio.
LUIS. Yo os doy gracias.
CAR. Daré antes,
padre, mi postrer aliento
que dejaros á merced
de padecer tan intenso.
LUIS. ¡Si no fuera por tu apoyo
la angustia me hubiera muerto!
Aunque de resignacion
y de valor no carezco,
y sé que el dolor humano
en el mundo no es eterno,
¡soy débil como mortal
y á mi pesar desfallezco!
CAR. Padre... ¡confianza en Dios,
que nunca abandona al bueno!
(Váse con D. Esteban.)

## ESCENA VI.

D. LUIS.

¡Dios mio, tened piedad
de las canas de un anciano,
y mi dolor inhumano
algun tanto mitigad!
Ya sé que mandais, Señor,
que juntos deban correr
el dolor con el placer...
¡pero es mas largo el dolor.
Sé que el siervo y el ungido
se igualan en el penar;
que nadie puede espirar
diciendo: «¡feliz he sido!»—
Mas dadme, por compasion,
para sufrir el estado
de mi corazon llagado
cristiana resignacion.

## ESCENA VII.

D. LUIS, ISABEL.

ISAB. ¡Padre mio!
LUIS. ¡Hija del alma!
ISAB. Esa cruel amargura
quita con honda tortura
á nuestros pechos la calma.
Los amantes corazones
que con delirio os adoran,
¡con vos desolados lloran!...
¡sufren vuestras aflicciones!
Y yo os consagro mi amor
como á mi padre querido;
porque amante lo habeis sido
mitigando mi dolor.
Desde mi mas tierna edad,
en que huérfana quedé,
¡un apoyo en vos hallé

de inusitada bondad!
Y de mi afecto impelida,
os consagro en este mundo
el respeto mas profundo
de una hija agradecida.
¡Ninguno podrá arrancarme
mi filial ardiente fé!
¡Por vos no vacilaré
gustosa en sacrificarme!
Vertiera, señor, por vos
cuanta sangre el pecho encierra,
¡que un padre tierno en la tierra
es una imágen de Dios!
Pues como el Verbo Divino
por sus hijos padeció
y en un madero espiró
bendiciendo su destino,
¡de un padre humano la palma
consiste en sufrir gustoso
cualquier tormento horroroso
por los pedazos de su alma!

LUIS. ¡Ah! ¡tu dulce voz calmar
logra mis tormentos fieros!

ISAB. ¡Aun dias mas placenteros
vereis radiantes brillar!

LUIS. Las delicias del placer
corto tiempo satisfacen...
¡hijos que de mujer nacen,
nacen para padecer!
Pobre y delicada flor
por el pesar consumida,
del aquilon combatida,
hallaste vida en mi amor;
pero ya el árbol frondoso
que te dió sombra en el prado,
¡consumido fué y tronchado
por el rayo poderoso!
¡No puede con majestad,
como en su verde existencia,
librarte de la violencia
de la horrible tempestad!

ISAB. Mientras vida conserveis,

aunque pobre y desgraciada,
á la flor, ya marchitada,
sombra y vigor dar podreis.
Siempre ese brazo tendrá,
sin fuerzas, mas poderio,
que teniéndolas el mio,
que mi sexo no las dá.
Y si, por vuestra vejez,
esa desgracia llegara,
el cielo mi ser dotara
de vigor y robustez.
Entonces yo cambiaria
gozosa de situacion,
y mi ardiente corazon
mil gracias á Dios daria,
porque útil podria seros
sosteniendo con mi mano
el pié débil del anciano
en los ásperos senderos:
y entonces la pobre flor,
por el pesar consumida,
del aquilon combatida,
diera savia con su amor
al árbol, antes frondoso,
que la dió sombra en el prado,
al árbol que fué tronchado
por el rayo poderoso,
para que con majestad,
con mas lozana existencia,
¡resistiera la violencia
de la horrible tempestad!

LUIS. ¿Cómo no he de ser dichoso
cuando consigo sentir
junto á este mio latir
un corazon tan hermoso?
¡Isabel, la pura calma
me vuelves con tu candor,
bálsamo es consolador
de las heridas del alma!
De Dios conozco el poder,
que pone junto al mortal
siempre un ángel celestial

que anima su humano ser;
y ornado de puras galas
sus pasos guia en el suelo,
¡elevándole hasta el cielo
en sus trasparentes alas!

## ESCENA VIII.

D. LUIS, ISABEL, MARIANO.

MAR. Monsieur Armand.
LUIS. ¡Isabel,
llegó el momento fatal!
¡arrostrémosle valientes!
Solos nos puedes dejar.
ISAB. ¡Ah! ¡que sea generoso
y os dé la tranquilidad!
En mi cuarto voy, señor,
mi impaciencia á devorar. (Váse.)
LUIS. Mariano, á ese caballero
que pase.
MAR. Muy bien está. (Váse.)

## ESCENA IX.

D. LUIS, luego MR. ARMAND.

LUIS. Cuando en la tierra se vea
solo y perdido el mortal
presa de dolor agudo,
su vista allí debe alzar:
(Señalando al cielo.)
allí el dia del reposo
consuelo y dicha hallará;
allí su sola esperanza
reside oculta no mas,
al ser cruelmente herido
por el áspero zarzal
que en la senda de la vida
con sus pies hollando vá.
ARM. (Saliendo y saludando.)
¡Don Luis, beso vuestra mano!

LUIS. ¡Guárdeos Dios, Mr. Armand!
Dignaas tomar asiento.
ARM. ¡Gracias! (Se sientan.)
LUIS. Ya podeis hablar.
Con resignacion humilde,
sea benigna ó fatal,
espero ya la sentencia
que mi juez quiera dictar.
ARM. Ni vos, sois, señor don Luis,
hoy para mí un criminal,
ni yo me erigiera en juez
de un hombre de probidad;
de un anciano venerable
que es mi deber respetar.
Solo en vos contemplo un ser
á quien la fatalidad
y la desventura acosan
con su poder infernal,
y por ellas vuestra frente
no bajeis con humildad;
¡tan solo los criminales
deben la cerviz doblar!
LUIS. ¡Gracias por esos consuelos
que le otorgais á mi afan!
Ellos un buen resultado
me hacen de vos esperar,
en la situacion cruel
que abruma mi ancianidad.
Pues veo que en mi favor
tan prevenido os hallais,
me otorgareis generoso
el plazo que os pedí ya,
y que me es tan necesario
para poder realizar
de la herencia que os adeudo
la completa cantidad.
ARM. Ese plazo, con dolor
mio, no os puedo otorgar;
y creedme, que al negarlo,
mi pecho sufriendo está;
pero el tiempo para mí
es perentorio y fugaz;

y partir á Paris debo
pronto, si he de recobrar
allí mi nombre y mi título,
mi rango y mi dignidad.
Para esto me es necesario
tener pronto algun caudal;
pues muerto en lejanas tierras,
donde halló hospitalidad
mi buen padre, desterrado
tanto tiempo de su hogar,
estoy sin recurso alguno;
¡creed en mi ingenuidad!

LUIS. ¡En ese caso es inmensa
mi desgracia sin igual!
De esta mansion en que habito
podeis posesion tomar:
vuestra es, os pertenece
con lo que ornándola está.
Y luego tambien mi nombre,
que se ha hecho hasta hoy respetar
por sesenta años pasados
en la honrada probidad,
podeis, señor, conducir
delante de un tribunal,
¡para que de la deshonra
sufra la mancha tenaz!
Todo con firme valor
el alma lo sufrirá,
pensando que á mi conducta
no he debido tanto mal...
¡que mi conciencia tranquila
no ha de acusarme jamás!

ARM. Nada de eso admitir puedo,
ni necesario será
para que podais ufano
salir de situacion tal.
Tengo, don Luis, en mi mente
desde ayer formado un plan,
que la paz y la ventura
á todos nos puede dar.

LUIS. Decidle al punto, sacadme
de tan terrible ansiedad.

ARM. Miré ayer en esta casa
una jóven celestial,
cuyo candor y hermosura
no es posible ponderar,
y cuyas gracias y encantos,
que hallar no pueden rival,
de mi corazon robaron
en un instante la paz.
Oí que padre os llamaba,
y hoy os vengo á suplicar
como una gracia su mano
que la dicha me dará:
si me la otorgais, el crédito
podeis en dote guardar,
y declinais desde ahora
la responsabilidad.

(D. Luis queda asombrado mirando á Mr. Armand, y despues de una pausa, dice.)

LUIS. (¿Habrá otro dolor que pueda
mas mi corazon prensar?...
¡Buen Dios! ¿Será lo que oí
ilusion ó realidad?)

ARM. Vuestra turbacion comprendo
y la juzgo natural.
¿Qué padre, de hija tan bella
se desprende sin pesar?...
No exijo respuesta ahora:
el proyecto meditad,
y á vuestra hija hechicera
podeis del enlace hablar.
Hacedla comprender bien
que en su linda mano estan
el porvenir de su padre,
y el de un mísero mortal
¡que su divina hermosura
no ha podido contemplar
sin sentirse deslumbrado
por la luz angelical! (Váse.)

## ESCENA X.

D. LUIS.

En mi duelo imponderable
se me abre un solo camino,
¡y me lo obstruye el destino
con maleza impracticable!
¡Oh! Jamás me salvaré
sacrificando dos seres,
dignos de eternos placeres...
¡Yo solo sucumbiré!
Desde el alto firmamento
Dios les dará proteccion:
tomé mi resolucion;
¡no vacilaré un momento!
Del mas terrible quebranto
triunfa un espíritu fuerte,
y veré llegar la muerte
sin verter mis ojos llanto.
El alma del pecador
nunca sucumbe á su duelo
cuando toma por modelo
su divino Redentor.
De Dios el saber profundo
nada incompleto ha dejado,
y todo está nivelado
con equidad en el mundo.
Tiene en la humana guarida
fecundidad todo cieno,
triaca todo veneno
y bálsamo toda herida;
y debe toda criatura
saber que puso el Señor
¡aqui efímero el dolor...
allí eterna la ventura!
(Señalando al cielo.)

## ESCENA XI

D. LUIS, ISABEL.

ISAB. Padre mio, ¿fué sensible
el pecho de ese extranjero...
ó se ha mostrado de acero
á vuestro infortunio horrible?
LUIS. ¡Hija del alma!... ¡Isabel!...
(Abrazándola.)
¡Tus brazos son mi tesoro!...
SAB. ¡Ah! ¡me anuncia vuestro lloro
que se ha mostrado cruel!
¿Vuestro afan no le ha movido?...
¡Solo un corazon de fiera
con tal alma injusto fuera!
LUIS. No, hija mia, no lo ha sido:
propone una transaccion.
ISAB. ¿Pues por qué ese padecer?
LUIS. ¡Oh! ¡no lo quieras saber,
ángel de mi corazon!
¡Ojalá, con alma dura,
se hubiera ese hombre mostrado
insensible y despiadado
redoblando mi amargura!
¡Hay dardos de furia tal,
que una vida solamente
deben herir cruelmente,
pues su veneno es mortal!
ISAB. ¡Me aterrais con vuestro acento!
Padre, ese inmenso pesar
bien me podeis confiar:
para sufrir tengo aliento!
No reserveis para vos
la pena que asi os altera,
que será mas llevadera
si la lloramos los dos.
LUIS. No, no debo lacerar
tu alma tan cándida y fiel
con un golpe tan cruel
que la puede desgarrar!

Porque á tí tambien alcanza,
la rechazo con horror...
y yo solo con valor
sufriré sin esperanza!
Nunca el ángel celestial
que ilumina mis miradas,
verá sus alas manchadas
por el lodo mundanal.
Uno ha de sacrificarse,
y yo debo ser no mas,
que dos víctimas... ¡jamás
habrán por mí de inmolarse!
¡No es justo que el inocente
sufra humilde y resignado
el castigo reservado
en la tierra al delincuente!

ISAB. Si uno debe sucumbir,
es razon que á mí me cuadre,
¡porque entre un hijo y un padre,
el hijo debe sufrir!
Y aun con la angustia mayor
no pagará ni un instante,
lo que haya hecho el padre amante
por los hijos de su amor.
El, despues de darles ser,
les dá alimento y virtud...
¡de un hijo la ingratitud
hace al cielo estremecer!
Si pugnan en la eleccion
juventud y ancianidad,
aquella la adversidad
debe afrontar con teson;
¡ella fuerza mas nutrida
tiene para padecer!
Decidme qué debo hacer;
á todo estoy decidida!

LUIS. ¡Tu noble resolucion
al saberlo ha de dudar!

IASB. ¡No temais ver vacilar
este fuerte corazon!

LUIS. ¡Nunca... no! Jesus piadoso,
entre tormentos prolijos,

dió la vida por sus hijos...
¡Yo le imitaré gozoso!

## ESCENA XII.

D. LUIS, ISABEL, D. CÁRLOS.

CAR. ¿Por qué un padre llora y gime,
cuando tiene hijos queridos
que le salven decididos
de la angustia que le oprime?
LUIS. Porque á tanta abnegacion
su fortaleza se trunca,
¡y á tan duro precio, nunca
obtendrá su salvacion!
CAR. ¿Sabes ya que está en tu mano
de mi padre el porvenir? (Á Isabel.)
ISAB. Lo he llegado asi á inferir,
pero el cómo busco en vano.
Sordo á mi súplica está,
y á decir se niega el medio
que pone á su mal remedio.
CAR. Mi labio te lo dirá:
por Esteban lo he sabido,
cuando marchaba ligero
á buscar á ese extranjero,
á quien hallar no he podido
ISAB. ¡Habla, que anhela mi mano
verter, con sublime ardor
bálsamo consolador
en el pecho del anciano.
LUIS. ¡Cárlos!... ¡calla por piedad!
CAR. Noble y generoso vos,
no me vencereis por Dios
en nobleza y lealtad
ISAB. ¡Bien, Cárlos!
LUIS. (¡Dios poderoso!)
CAR. Ese hombre para acceder
pide...
LUIS. ¡Basta!
CAR. Pide ser...
LUIS. ¡Cárlos!

ISAB ¡Ah! ¡Habla!...
CAR. Ser tu esposo.
ISAB. ¡Ah! (Queda aterrada. Pausa. Los tres muestran en sus semblantes el dolor que les aqueja en sus diferentes situaciones.)
LUIS ¿Qué has hecho?
CAR. ¡De mi madre
cumplir las inspiraciones!
¡antes que mis afecciones
es la dicha de mi padre!
Mi santa madre, que ya
junto á Dios tuvo acogida,
dice que antes que mi vida
la vuestra, señor, está;
¡y yo debo con anhelo
seguir el deber sagrado
que su espíritu adorado
me señala desde el cielo!
Yo sufriré cruda guerra
mirándome arrebatar
y á ajenos brazos pasar
mi único bien en la tierra...
(Sollozando.)
pero con filial amor,
y con un gozo infinito,
á Isabel ansioso invito
á partir este dolor.
Con firme y seguro pié,
y de mí tomando ejemplo,
¡jure al francés en el templo
su pura y eterna fé!
LUIS. ¿Y tú, desdichado... ¿Y ella?
CAR. Mi pecho valor tendrá...
y ella, sacrificará
gustosa su vida bella
de un padre por el placer:
y... no lo dudeis... ¡yo espero
que en infortunio tan fiero
felices hemos de ser!...
LUIS. ¡Felices en el dolor!
CAR. ¡Quien con afecto leal
cumple su deber filial,

goza la dicha mayor!

ISAB. Si, Cárlos, dispuesta estoy:
yo, imitando tu grandeza,
¡demostraré fortaleza
aunque mujer débil soy!
Con una mano sabré
mi corazon sujetar,
¡mientras la otra en el altar
á ese extranjero daré!
Yo ahogar sabré los latidos
que en este instante sofoco...
¡Por un buen padre hacen poco
los hijos agradecidos!

LUIS. ¿Y ambos podeis concebir
que yo seré afortunado
contemplando destrozado
vuestro bello porvenir?
¡No, hijos!... Es mas corto el mio,
porque el peso de la edad
le acerca á la eternidad...
¡sufra, pues, el hado impio!
De dos víctimas en vez;
será una sola ofrecida.
¡Á la juventud, la vida...
y la muerte á la vejez!

CAR. ¡Esa sentencia terrible
rechazamos con aliento!
¡Para los dos el tormento
será placer!...

LUIS. ¡Imposible!

ISAB. ¡Si! Nuestros dos corazones,
inflamados del amor
que dió á su hijo el Criador,
ahogarán sus aflicciones.
Libres de su intenso afan
con desconocido encanto...
¡por su deber sacrosanto
á inmolarse volarán!

## ESCENA XIII.

D. LUIS, ISABEL, D. CÁRLOS, D. ESTEBAN.

EST. ¡Albricias! Por fin hallé
á Armand, nuestro buen amigo,
y sube tambien conmigo:
yo este negocio arreglé.
¡No temais ya la desgracia,
don Luis, que la habeis vencido!
Todo está ya convenido,
gracias á mi diplomacia.

CAR. ¡Á volvernos el honor,
cuanto antes debe venir!

LUIS. (¡Para tan hondo sufrir,
valor, Dios mio, valor!)

ISAB. (Á D. Luis.) ¡Ya por premiar su bondad
impaciente me teneis!

EST. ¿Gustosa al altar ireis?

ISAB. Si... ¡radiante de ansiedad!

CAR. ¡Esa es mi idea mas grata!....

LUIS. ¡Hija mia!... ¡Hijo querido!...
(Abrazándolos ahogado por el llanto.)
¡que ceseis por Dios os pido!...
¡Ved que la pena me mata!...

## ESCENA XIV.

D. LUIS, ISABEL, D. CÁRLOS, D. ESTEBAN, MR. ARMAND.

ARM. (Saludando.) Veros celebro en familia,
para llegar á saber
si dichoso podré ser.

CAR. ¡Todo, señor, lo concilia
vuestra suerte venturosa!...

EST. Si, ¡todo se halla corriente!

ISAB. ¡Aqui os espera impaciente
vuestra prometida esposa!...
Ya me podeis conducir,
Mr. Armand, al altar.

LUIS. (Con resolucion.) ¡Basta de crudo luchar!

no lo puedo consentir
Ellos se aman con ternura,
y debiendo ser esposos,
¡se sacrifican gustosos
por mitigar mi amargura!

ARM. ¡Qué escucho! ¿Hermanos no son?
(Con asombro.)

LUIS. No lo son; no, caballero:
ella, ¡á quien como hija quiero
con todo mi corazon!
huérfana en su tierna edad
y sin apoyo quedó
de un hombre á quien debí yo
noble y sincera amistad.

ARM. ¡Por Dios que al alma sorprende
abnegacion tan sublime!....
¡El asombro que la oprime
mi aliento y mi voz suspende!
Por mas que de amor me abrase
renunciar debo á Isabel.
¡Yo seria muy cruel
si el sacrificio aceptase!

CAR. ¿Y qué será de mi padre?

ARM. En trance tan doloroso
no soy menos generoso...
¡haga lo que mas le cuadre!

CAR. Pues bien, mi vuelta esperad.
(Con resolucion.)
¡Tras del piélago profundo
alcanzaré en otro mundo
fortuna y prosperidad!
Me lo dice el corazon,
¡y el corazon no me engaña!
Sereis, á mi vuelta á España,
pagado sin dilacion!

LUIS. (¡Cielos!... ¿qué responderá?)

ISAB. (¡Dios mio, hacedle asentir!)

ARM. Podeis, don Cárlos, partir:
¡mi admiracion con vos vá!
Mientras dure vuestra ausencia
esperaré resignado.
Si vuestro afan malogrado

dejase la Providencia,
ya nada me debereis;
¡y al ver que vuestra amargura
trueca el señor en ventura,
tambien feliz me vereis!

CAR. ¡Cuál á un ángel de amistad
llego absorto á contemplaros!

LUIS. No temais perjudicaros
por vuestra inmensa bondad,
que todo un hijo lo alcanza
cuando con fé santa y pia,
del paterno amor le guia
la bienhechora esperanza!

ISAB. ¡Parte, Cárlos, presuroso!
¡Las olas á surcar vé!...
¡que yo aqui bendeciré
á ese corazon hermoso!
(Por Armand.)

EST. ¡Bien, viva! El destino vuestro
(Llorando y riendo.)
logré fijar felizmente!...
¡Vamos, decididamente
el porvenir es ya nuestro!

CAR.
ISAB. } ¡Padre! (Abrazándole con ternura.)

LUIS. Todos en tal lid
(Llorando agradecidamente.)
generosos habeis sido.
¡De este anciano agradecido
la bendicion recibid!
¡Vuestra digna y noble accion
premie la divinidad!...
¡Es la generosidad
de Dios sacra emanacion!
(Los abraza ahogado con el llanto. Mr. Armand los contempla con admiracion. D. Esteban se enjuga el llanto, elevando al cielo los ojos.)

**FIN DEL ACTO SEGUNDO.**

# ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.

## ESCENA PRIMERA.

LUCIA, MARIANO.

Luc. ¡Vaya!... ¿Me dejais en paz?
Mar. Pero, ¿es posible, Lucia?
¿Tú tambien andas por casa
cabizbaja y pensativa?
Luc. Pues qué, ¿no tengo en mi almario
mi alma?
Mar. ¡Bien, por mi vida!
¡Ya se vé, el novio...
justo es sientas tu desdicha!
Luc. No es eso, señor Mariano,
¡y es hacerme una injusticia!
No es por mí ni por mi boda
mi sentimiento.
Mar. ¡Hija mia!...
creí que pudiera ser.
Luc. Yo no soy de peña viva,
y las penas de mis amos
á mí tambien me contristan.
¿Quién vé con ojos serenos
á mi pobre señorita
que, sin cesar un instante,

llorando se pasa el dia?

MAR. ¡Justa y poderosa causa
su amargo llanto motiva!
Parece que el hado adverso,
con incansable porfía,
sobre ella sin cuento arroja
desventuras infinitas.
Tambien de mi amo infeliz
la ancianidad se desliza
en el sufrimiento horrible
que á la tumba le encamina,
por la pérdida de un hijo,
á quien él tanto queria,
muerto desastrosamente
en la mar enbravecida.

LUC. ¡No me lo acordeis, por Dios,
porque como una chiquilla
lloro al pensar tal desgracia!

MAR. Del infortunio las iras
en esta casa se ceban,
centro de fortuna y dicha
há poco mas de dos años.
¿Quién imaginar podia
cuando don Cárlos entonces
se marchó á lejanos climas
tan resuelto y animado,
que al año de su partida
y regresando á su patria
de tal modo moriria?

LUC. ¡El infeliz escribió
de la Habana su salida,
ansiando ver á su padre
y á la que tanto queria!...
y luego... (Sollozando.)

MAR. ¡Si!... ¡la mujer,
(Con amargura.)
por quien expuso su vida,
hoy con otro está casada!
Es la ley del mundo fija:
¡Pierde el que muere! el que vive
ya de consolarse cuida.

LUC. No digais eso, Mariano,

que el oiros me horrriza!
No se consuela mi ama
de la pérdida sufrida.

MAR. ¿Y por qué se casó?

LUC. Eso
son secretos de familia,
que no deben los criados
saber mientras no los digan.

MAR. ¿Mas tú sabes el por qué?

LUC. Yo no sé nada; ni pizca.
Respeto la pesadumbre
que atormenta á Isabelita,
y que la vá consumiendo
sin cesar, dia por dia.
¡Mirad cuál sale!
una muerta!

MAR. ¡Pobrecilla!

## ESCENA II.

LUCIA, MARIANO, ISABEL.

ISAB. (Á Mariano.) ¿Habeis visto á don Esteban?

MAR. No ha venido todavia.

ISAB. Tened la bondad, Mariano,
de buscarle, me precisa
saber si mi encargo hizo
con la urgencia que debia.

MAR. Lo haré gustoso. (Infeliz!
Ya no parece la misma!) (Váse.)

## ESCENA III.

LUCIA, ISABEL.

LUC. ¡Por Dios, no esteis afligida!
¡Templad, señora, el pesar!
¿Qué adelantais con llorar
mas que acabar vuestra vida?

ISAB. ¡La vida del desgraciado
es carga inútil y triste,
que poco tiempo resiste

el peso de injusto hado!
El de la mia se aumenta
con el afan que devoro...
¡Si al fin me mata mi lloro
feliz moriré y contenta!...
El placer de mi vivir
es lo agudo del dolor!
¡y el placer será mayor
cuando deje de existir!..

LUC. ¡Vamos! ¡No digais tal cosa
ni penseis tan tristemente!
Tened ánimo valiente
y no os vea mas llorosa.

ISAB. Cuando ya nada sonrie
en este mundo al mortal,
y es un árido erial
do no hay mano que le guie;
cuando con planta perdida,
seco ya su corazon,
deshecha vé la ilusion
que le ligaba á la vida;
cuando de la juventud
la flor está marchitada;
cuando el alma quebrantada
busca la eterna quietud,
¡la muerte es un bello don,
pues nos dá grato solaz,
junto al Dios de amor y paz
en la celeste mansion!

LUC. ¡No os desespereis asi!
Aun sois jóven, y sereis
dichosa, no lo dudeis.

ISAB. ¡Ya no hay dicha para mí!
¡Perdido el ser noble está
que llenaba el pecho mio!...
¡Tengo el corazon vacio
y pronto no latirá!

LUC. Teneis un esposo amante...

ISAB. ¡No toques la acerba herida
que con dolor homicida
brota sangre á cada instante!
Creyendo consuelo dar

á mis terribles tormentos,
¡me asesinan tus acentos
aumentando mi pesar!...
¡Y siento el agudo arpon
que está en mi pecho clavado,
penetrando despiadado,
desgarrarme el corazon!

## ESCENA IV.

LUCIA, ISABEL, D. LUIS.

LUC. Señora, don Luis. (Bajo á Isabel.)
LUIS. Lucia,
tengo con tu ama que hablar.
ISAB. ¡Padre!
LUIS. Nos debes dejar. (Á Lucia.)
LUC. Vóime, pues. (Váse.)
LUIS. (¡Pobre hija mia!)

## ESCENA V.

ISABEL, D. LUIS.

ISAB. ¿Tampoco de vuestra faz
huye del dolor la nube
que del alma brota y sube
empañándola tenaz?
LUIS. ¡Para cerrar no hay poder
la honda llaga que ella abriga!
¡No hay bálsamo que consiga
sus estragos detener!
Es tanta su intensidad,
¡que solo puede su horror
aminorar el Señor
con su infinita bondad!
ISAB. ¡Los dos con penas dobladas
sufrimos dolor profundo!...
¡dolor con que brinda el mundo
á las almas laceradas!...
Vos llorais de un hijo amado
la pérdida irreparable...

¡yo, con pena imponderable,
la de un amante adorado!
De un ser que elevarme pudo
al colmo de la ventura,
sirviendo en la tierra impura
á mi flaqueza de escudo!
Y para mayor pesar,
en el altar tomé el nombre
hace dos meses, de un hombre...
á quien nunca podré amar.
De un hombre que me dejó
de repente abandonada
en la conyugal morada,
y solo á París partió.

LUIS. ¡No le acuses, Isabel!
Él te consagra su vida,
pero exigió su partida
una precision cruel.
De mi honra defensor,
por un cobarde manchada,
dió muerte de una estocada
al torpe calumniador.
La ley debiendo evitar
le aconsejé que partiera:
tiempo no tuvo siquiera
para poderte abrazar.

ISAB. ¡Ah! ¡mitigais mi afliccion
tal secreto al descubrir!
nada ya puedo decir
al saber tan noble accion.—
Pero si de haber partido
fué el motivo tan honroso,
de su silencio mi esposo
conmigo culpable ha sido.
En un mes que ausente está
de él tuve noticia ayer;
y háceme solo saber
que su rango ocupa ya;
que gozar quiere á mi unido
en su patria su fortuna,
y que es fuerza me reuna
al punto con mi marido.

¡Ya veis si esto es desamor,
que un nuevo puñal me clava!
¡Yo soy no mas una esclava
que reclama su señor!
¡Debo, pues, obedecer
y sofocar el lamento!..
¿Qué mas agudo tormento
me resta que padecer?...

LUIS. ¡Otro, Isabel, mas intenso
hoy mismo vas á tocar!

ISAB. ¡No es posible imaginar
ningun otro tan inmenso!

LUIS. Cuando juzga el ser humano
que ya ha llegado subir
á la cumbre del sufrir,
¡queda el dolor mas tirano!

ISAB. ¿Qué sucede, padre?

LUIS. Ya
¿para hoy mismo prevenida,
tienes, hija, tu partida?

ISAB. Juzgo que si.

LUIS. ¡Bien está!
Debes de la España el suelo
dejar hoy abandonado.

ISAB. Mi esposo tiene encargado
de don Esteban al celo
me acompañe en este viaje:
activo lo está arreglando,
y estoy no mas esperando
para partir el carruaje.
Mas, ¿por qué con tal premura
mi partida deseais?
¿De mí, don Luis, retirais
vuestra paternal ternura?
¿Tambien de huirme impaciente
para mi esa alma se cierra!
¡Ay! ¡Ya todos en la tierra
me abandonan cruelmente!

LUC. ¿Cómo puede abandonarte
ahora con crueldad,
quien desde tu tierna edad
no ha hecho otra cosa que amarte?

Si hoy apresurar deseo
tu viaje ya preparado,
es por no ser destrozado
tu pecho mas que lo veo.

ISAB. ¡Sacadme, pues, de ansiedad!
¿Qué pasa, que asi os altera?

LUIS. ¡Un golpe que ya no espera
resistir mi ancianidad!
¡Al llorar un hijo muerto
nunca llegué á presumir
mas amargura sentir
al saber su fin incierto!

ISAB. ¡Dios mio! ¿Cárlos existe?...
¿Eso me dais á entender?

LUIS. Si, vive: lo supe ayer...

ISAB. ¡Justicia eternal!... ¡Ay triste!
(Cae en una silla.)

LUIS. ¡Isabel!

ISAB. ¿Qué pasa en mí?...
¡Vive! ¡Y yo casada he sido!
¿Qué crímen he cometido
para padecer asi? (Desolada.)

LUIS. ¿Comprendes ya por qué quiero
apresurar tu partida?
¡Para no amargar tu vida
con un tormento mas fiero!
¡Porque no llegues á ver,
henchido de amor vehemente,
al que legítimamente
no puedes pertenecer!

ISAB. (Con resolucion desesperada.)
¡Le veré! De mí ha de oir
que mi amante corazon
le amará con fiel pasion
lo poco que he de vivir:
que mi constante ternura
siempre fué suya no mas...
¡Yo no quiero que jamás
me crea Cárlos perjura!

LUIS. Viéndole, dolor prolijo
aumentará tu inquietud.
¡Yo haré brillar tu virtud

á los ojos de mi hijo!
¡En mi experiencia confia!
¡Él verá por mí patente
de la mártir inocente
la imponderable agonia!

ISAB. ¿Cómo supisteis que vive?... (*Con ansiedad.*)
¿Vendrá pronto? ¿qué fué de él
en tanto tiempo?

LUIS. ¡Isabel!
de Cádiz el triste escribe.

ISAB. ¿Su carta?...

LUIS. Mírala aquí. (*Saca una carta.*)

ISAB. ¡Dádmela!

LUIS. Tú no podrás
leer: fuerza no tendrás.

ISAB. Leed.

LUIS. ¡Escucha!

ISAB. ¡Ay de mí!

LUIS. (*Lee conmoviéndose por grados.*)
«En la ciudad de Cádiz, tres de mayo
»en el mil ochocientos diez y siete.
»¡Padre adorado! De mortal desmayo
»presa, del hado fuí triste juguete.
»Pero cual tras tormenta asoladora
»el iris asegura la bonanza;
»Dios nos manda por fin la bienhechora
»y deseada paz con la esperanza.
»Con incansable afan y fé constante,
»debida al arte del divino Apeles,
»para salvaros cantidad bastante
»llegué á reunir con solos mis pinceles.
»Os escribí mi próspera fortuna
»y os anuncié mi pronto arribo á España,
»¡pero no hay en el mundo dicha alguna
»sin la amargura que su brillo empaña!
»Por la borrasca el buque combatido,
»y por las fieras olas destrozado,
»con otros á una balsa conducido
»mi destino á la mar dejé fiado.
»Vagando á su capricho muchos dias
»sufrimos mil tormentos y dolores:
»¡del hambre las terribles agonias!

»¡de la sed la fiereza y los horrores!
»Nos arrojó por fin el oleaje,
»salvando nuestra vida desdichada,
»á inculta playa de pais salvaje,
»por bárbaros feroces habitada.
»Allí un año mortal hemos sufrido
»sin tregua alguna mil persecuciones:
»por los desiertos nuestro pié perdido
»arrostramos crueles privaciones.
»Siempre en el horizonte nuestros ojos
con ansiedad cada hora se fijaban,
»por si de Dios calmados los enojos
»un buque salvador nos enviaban.
»Al fin piadoso oyó nuestra plegaria;
»y nos vino á infundir valor y aliento
»un buque, que á la playa solitaria
»se acercó para darnos salvamento
»En él arribé á Cádiz felizmente,
»cuya tierra besé con alegria;
»y la abandonaré muy prontamente,
»poco despues que aquesta carta mia.
»De estrechar en mis brazos corro ansioso,
»tras tanto tiempo de penosa ausencia,
»á un padre para mí tan amoroso
»á quien debo en el mundo la existencia;
»á una prenda por mí siempre adorada,
»á cuya fé mi vida he consagrado.
¡Su imágen que en mi pecho está grabada
»ni un momento jamás me ha abandonado!
»No temais, padre mio, la deshonra;
»vuestro hijo en breve desterrarla espera:
»la cantidad que os ha de dar la honra
»ha salvado un milagro en mi cartera.
»Como una amiga fiel y cariñosa
»me sonrie por fin dulce esperanza,
»y hácia el hogar paterno presurosa
»henchida de placer mi alma se lanza!!
(Concluye ahogado por los sollozos.)

ISAB. ¡Dios mio! ¡Dios de bondad!
(Llorando y con amargura.)
¡Hoy causa mi padecer
lo que deberia ser

mi mayor felicidad!
LUIS. ¡Desdichado! Él la ventura
cree gozoso obtener
á su pais al volver
¡y hallará solo amargura!
ISAB. ¡Padre!... ¡La pena devora
mi angustiado corazon!
LUIS. ¡Isabel, resignacion...
y aléjate sin demora!

## ESCENA VI.

ISABEL, D. LUIS, D. ESTEBAN.

EST. ¡Señora!... ¡Señor don Luis...
muy felices!
LUIS. ¡Dios os guarde!
EST. Todo lo tengo dispuesto
y corriente para el viaje,
y antes de una hora estareis
hendiendo veloz los aires.
Pero, ¿qué miro? ¡los dos
teneis lúgubres semblantes!
¡Y en qué ocasion; cuando solo
la alegria ha de embargarles!
¡Cuando tan perfectamente
todo ví en breve arreglarse!
¿Qué, acaso doña Isabel
la nueva feliz no sabe?
ISAB. Nada ignoro; y á lo menos
mi desventurado padre
tendrá, cuando le abandono,
quien le consuele y le ame.
EST. ¡Claro es!—Yo estoy contentísimo,
y de un modo imponderable,
por conseguir nuevamente
á mis brazos estrecharle.
¡Es un amigo á quien quiero
con un cariño entrañable!
y solo siento la España
dejar por abandonarle.
Mas cuando á un hombre la suerte

le muestra su rostro afable,
y le otorga sus favores,
como á mi en estos instantes,
no se debe despreciar
ni hacerle ningun desaire,
¡porque la fortuna es calva
y á un cabello hay que agarrarse!
¡y que el porvenir es nuestro;
es una cosa indudable!...

ISAB. (¡Su alegria me lastima!)

LUIS. Parte, hija mia, cuanto antes:
que cuando venga mi Cárlos
en mi casa no te halle.

CAR. (Muy contento.)
¿Cárlos? ¡Pues si ya ha venido!

LUIS. } ¡Ah! (Con dolor y alegria.)
ISAB. }

EST. ¡Si tal! Ya de abrazarle
tuve el placer; ya le dije
lo que ha ocurrido durante
su ausencia, que le creimos
muerto en medio de los mares,
y que Isabel...

LUIS. ¿Qué habeis hecho?

EST. ¡Toma!—De todo enterarle.

ISAB. ¡Ah! ¡No teneis corazon!

EST. Padeceis un error grande:
si que le tengo... ¡y sensible
de una manera admirable!
¡Como un chiquillo he llorado
oyéndole lamentarse!
porque al oirme, quedó
como una estátua, mirándome
fijamente: luego, en quejas
prorumpiendo, por la calle
echó á correr como un loco,
y yo detrás de él gritándole;
y ambos aquí hemos llegado
llamando por todas partes
la atencion de los curiosos,
que hay en Madrid á millares,
y de un millon de chiquillos

que iban á nuestros alcances.
A la puerta de esta casa
pude por fin atraparle,
porque á ella vino á caer,
en el suelo desplomándose;
ya se vé, el mucho cansancio...
¡no hay quien tal carrera aguante!

ISAB. (Alarmada.) ¡Cielos!

LUIS. ¡Está desmayado,
y no lo deciais antes!
¡Vamos!... (Corriendo con afan hácia el fondo.)

ISAB. (Siguiendo á D. Luis y llanando con afan.)
¡Cárlos!

LUIS. ¡Hijo mio!
(Llamando angustiado. Al llegar al fondo se presenta en él Cárlos.)

## ESCENA VII.

ISABEL, D. LUIS, D. ESTEBAN, D. CÁRLOS.

CAR. (Pálido y desfigurado.)
Deteneos!... ¡No asustarse!
Me auxiliaron los criados,
y me recobré al instante.

LUIS. (Arrojándose en sus brazos con vehemencia.)
¡Hijo!...

CAR. (Abrazándole con la mayor efusion y dando suelta á á su llanto.) ¡Padre de mi alma!

ISAB. (Retrocediendo abismada.)
¡Ah! ¡no me atrevo á mirarle!

EST. (Yendo á abrazarle con alegria.)
¡Gracias á Dios, que me has dado
un gusto inconmensurable!

CAR. Esteban, de esta señora
vete á acelerar el viaje.

EST. Con la mayor rapidez,
¡yo soy un corzo en lo ágil! (Váse.)

## ESCENA VIII.

ISABEL, D. LUIS, D. CÁRLOS.

ISAB. (Balbuciente y con los ojos bajos.)
¿Lo sabes ya todo?
CAR. (Con profunda amargura.) Si.
¡Sé que la fidelidad
es prenda muy rara aquí!
¡que es moda la veleidad!...
¡que muerto olvidado fuí!
¡El dolo vil es fecundo
en la terrenal estancia!
¡todo en ella es cieno inmundo!...
¡El hombre al dejar el mundo
lleva tras sí la constancia!
Cierto es que engañado he sido,
mas con disculpable engaño
que se halla muy admitido:
de nada de eso me extraño,
¡que la muerte es el olvido!
Yo en el destierro, en los mares,
do quiera que me veia,
por el recuerdo vivia
¡de aquella que en los altares
mi amor en tanto vendia!
Presa de hondo padecer,
á una mujer consagraba
mi fé, mi aliento, y mi ser...
¡y á otro que á mí esa mujer
fé, aliento y ser entregaba!
Cuando de dichas henchida
el alma volaba aquí,
¡era para ver perdida
la esperanza que nutrí
con la ilusion de mi vida!..
¡Era para contemplar
mi rica flor de ventura
á lodo inmundo arrojar,
por el ángel que guardar
debió su aroma y frescura!

Angel que veo sumido
en la negra oscuridad,
¡cuando habia presumido
encontrarle circuido
de divina claridad!

ISAB. (Con dolor amargo.)
¡Bien puedes sin compasion
cuanto quieras ultrajarme!
Merezco cualquier baldon...
¡Todo lo oiré sin quejarme
llena de resignacion!
He sido una miserable
que á la fé santa he faltado!...
¡No supe guardar, mudable,
el depósito sagrado
de tu amor inagotable!
Ese preciado tesoro,
de mas pureza que el oro
y mas firme que el diamante,
¡sin verter mis ojos lloro
lo he despreciado inconstante!
Me fué un corazon fiado
que rebosaba de vida,
y ha sido pulverizado,
consumido y destrozado
entre mi mano homicida.
¡Merece tal impiedad
cuanto denuesto en el mundo
pueda darse á la maldad!
¡Venga tu pesar profundo
en mi torpe veleidad!
Asi, ya que prontamente
debo dejar este suelo,
¡mi falta aqui dignamente
expiaré penitente...
y pura subiré al cielo!...

LUIS. Si hay ahora un culpable aqui
indigno de compasion,
tú eres solo, Cárlos, si...
que la condenas asi
sin mas averiguacion.
Tú, que con calumnia fiera

manchas á este ángel amado.....
¡mártir que la palma espera
porque se ha sacrificado
por quien su padre no era!—
Durante tu larga ausencia,
el que es ahora su esposo,
y que renunció á su herencia,
¡la ofreció con insistencia
cariño puro y honroso!
La hizo mil veces presente
que era su dulce existir;
que por ella solamente
renunciaba eternamente
su patria y su porvenir.
¿Qué mujer llega á alcanzar
tan asombroso poder
para insensible mirar,
sin sentirse conmover,
tan hondo y fiero pesar,
cuando su amante murió;
cuando con amargo llanto
tributo á su sombra dió,
y aquel que padece tanto
al que es su padre salvó?...
¿Cuando de este la fortuna
se halla sola suspendida
de una palabra oportuna?...
¡No hay, Cárlos, mujer alguna
que asi no caiga vencida!

CAR. ¿Qué escucho, padre adorado!... (Aterrado.)
¿lo que me decis es cierto?
¿Ella se ha sacrificado
por vos y su fé ha entregado
creyendo á su Cárlos muerto?...

ISAB. ¡Yo he cumplido mi deber!
Para su inmensa bondad
es poco mi libertad.
¡mi vida debo ofrecer
porque es suya en realidad!
¡No sabes tú la amargura,
los angustiosos momentos
que he sufrido de tortura,

al ir á jurar fé pura
al que causó mis lamentos!
¡Las lágrimas que he vertido
al verme por siempre unida
á quien mi amor no ha obtenido,
porque Dios le ha concedido
una vez como la vida!
Este afecto divinal
que embellece nuestro sér,
precioso don ideal,
tú lo llegaste á obtener...
¡no será de otro mortal!
Pero gozosa me uní
al que hoy se llama mi esposo,
porque cual buena cumplí,
porque salvar pude asi
la existencia y el reposo
del que en mí sus ojos fijos
virtud dió á mi corazon
con sus cuidados prolijos...
¡el mas estimable don
que lega un padre á sus hijos!

LUIS. ¡Hija del alma!... ¡Isabel! (Enternecida.)
¡déjame ansioso abrazarte!

CAR. ¡Conozco que fuí cruel!
¡La copa de amarga hiel
vine no mas á brindarte!
Ante tal abnegacion
es mi deber humillarme:
para implorar tu perdon
ante tí quiero postrarme (Se arrodilla.)
mostrando mi admiracion.
¡La horrenda fatalidad
mi ilusion ha marchitado
con bárbara crueldad,
y con mas ferocidad
mi porvenir destrozado!
En un mundo de dolor,
juguetes de suerte ingrata,
¡somos hoy con nuestro amor
dos arbustos que arrebata
el huracan bramador!

LUIS. Tocais vuestro último instante
de prueba! ¡Alzad esas frentes!
(Levantando á Cárlos.)
No con paso vacilante,
con ardimiento constante
sufridle como valientes.
Dios fuerzas al hombre dió
en las penas terrenales....
¡su Hijo santo las mostró
cuando con valor sufrió
por salvar á los mortales!
Un deber grande y penoso
aun te queda por cumplir: (Á Isabel.)
con afecto cariñoso
á sí te llama un esposo
y á él te debes reunir.
CAR. ¡Dios mio? ¿Á dejarme vas?
ISAB. ¡Lo dispone asi el Señor!
CAR. ¿Ya no he de verte jamás?...
ISAB. Mientras viva, con mi amor
aqui, Cárlos, vivirás.
(Señalando al corazon.)

## ESCENA IX.

ISABEL, D. LUIS, D. CÁRLOS, D. ESTEBAN.

EST. Señora, el coche os espera.
(Silencio general: todos bajan la vista y sollozan.)
CAR. ¡Tan pronto!
ISAB. (¡Sin alma estoy!)
EST. (¡Á París al cabo voy!...
¡mas feliz ser no pudiera!)
LUIS. Mi bendicion os daré,
hijos del alma queridos.
¡Si os mirais de muerte heridos,
ánimo mostrad y fé!
ISAB. ¡Señor!... (Cae de rodillas á su lado.)
CAR. ¡Padre! (Arrodillándose al otro lado.)
LUIS. ¡Hoy á las dos
(Tendiendo sus manos sobre las cabezas de Isabel y Cárlos.)

desde su trono esplendente
con su mano omnipotente
tambien os bendice Dios!
(Los levanta y los abraza; los tres lloran.)

ISAB. ¡Consuela á un padre amoroso (Á Cárlos.)
que nos ama con delirio!...
¡Yo á sufrir voy el martirio
con espíritu animoso!...

CAR. ¡Eterno será mi duelo!

EST. (¡Lágrimas me hacen verter!)

CAR. ¿Y no he de volverte á ver?...

ISAB. ¡Si, Cárlos!

CAR. ¿Dónde?

ISAB. ¡En el cielo!

(Cárlos se arrodilla y la besa una mano; ella se enjuga las lágrimas; vacila, y Esteban acude á sostenerla. Luis la contempla con los ojos arrasados en llanto. Isabel mira con angustia á Cárlos y dá un paso hácia el fondo. Cárlos se levanta para detenerla, y ella le rechaza con suavidad y le señala á su padre, que llora apoyado en un sillon. Cárlos la implora con una mirada. Isabel pone la mano sobre su corazon, señala al cielo y sale con D. Esteban con paso vacilante, dirigiendo miradas de dolor al padre y al hijo.)

## ESCENA X Y ÚLTIMA.

D. LUIS, D. CÁRLOS.

Cárlos cae desfallecido en un sillon, ocultando su rostro entre las manos: D. Luis se acerca á él enjugando su llanto.

LUIS. ¡Cárlos, valor! No te asombre
lo que contemplan tus ojos:
son del mundo los abrojos:
¡huéllalos!... muéstrate hombre!

CAR. (Con desesperacion.)
¡Padre! ¡de mi infame estrella
permitidme maldecir!
Dejadme al menos morir...
¡no puedo vivir si ella!

LUIS. No es la desesperacion,

cuando Dios manda los males,
lo que salva á los mortales,
sino la resignacion.
Fugaz la humana tortura,
nuestro desprecio merece,
¡que tras ella resplandece
celeste, eterna ventura!
¡Ten fuerza en la adversidad!
Si has perdido en esta guerra
tu porvenir en la tierra,
¡salva el de la eternidad!
Con paso firme y seguro,
sigue el áspero camino:
¡el cuerpo, es barro mezquino!...
¡El alma espíritu puro!

Car. Nuestra fuerza terrenal
en extremo es limitada,
y se rinde subyugada
por la violencia del mal,
y cuando por la afliccion
y honda pena se vé henchido
¡salta en pedazos partido
el humano corazon!—
Entusiasta el hombre crea
un porvenir venturoso:
le halaga su aspecto hermoso:
gozar su dicha desea;
y cuando al cielo impelida
vuela la imaginacion,
¡vé que sus ensueños son
ilusiones de la vida!
Pues si es tal la rigidez
de la tierra, y su acritud,
que el bien de la juventud
huye con tal rapidez;
si en este mundo traidor
todo es dolo y falsedad;
si es mentira la amistad,
si es mi tormento el amor,
¿dónde el hombre ha de volver
los ojos en su amargura?

Luis. ¡Diríjalos á la altura

donde está el Supremo Ser!
Allí solo... allí no mas
está el consuelo del triste;
¡porque allí la dicha existe
que no concluye jamás!
Debe el mortal presumir
que trae al mundo mensaje,
y al nacer comienza un viaje
que dá término al morir.
En esta vida angustiada,
es todo pesar ligero;
¡que es cada ser un viajero
y el mundo inmensa posada!
Cumpla en él, pues, la mision
para que Dios le ha enviado:
sea hijo fiel, padre honrado,
cristiano de corazon;
y si en la fé no vacila
y sigue el bien sin dudar,
puede el viaje terminar
con la conciencia tranquila!
Y ya que peregrinamos
y de tránsito vivimos,
¡al Eterno que ofendimos
nuestros ojos dirijamos!
Y aprende en tu desconsuelo
para mejorar tu suerte,
que hay un solo bien... ¡la muerte!
y una sola patria... ¡el Cielo!

CAR. ¡Si! ¡mis ojos ven la luz!
Debo seguir el camino
(Levantándose.)
que marcó el Mártir divino
que fué enclavado en la cruz.
Por salvar los pecadores
vertió su sangre preciosa,
¡y al morir, su voz piadosa
rogó por sus matadores!
Él con sacrosanta uncion
y sin igual humildad,
predicó la caridad,
la esperanza y el perdon.

Yo como él, siendo su hechura,
á padecer destinado,
debo apurar resignado
el cáliz de la amargura.
Yo á Dios pediré en mi anhelo
para el hombre su clemencia;
¡porque es la santa indulgencia
predilecta hija del cielo!

LUIS. ¡Ah! ¡ven á mis brazos, ven!
(Se abrazan.)
Aqui en la tierra el mortal
nunca vuelva mal por mal;
siempre por mal vuelva bien!
Perdonando toda ofensa
piense, al vencer sus pasiones,
¡que de las buenas acciones
allí está la recompensa!
(Señalando el cielo.)

**FIN DEL DRAMA.**

---

*Habiendo examinado este drama no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid* 18 *de Noviembre de* 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.